

Reflexión y diálogo en el quehacer del académico

El valor del diálogo y la reflexión.

Importancia del pasado para percibir el presente

+ Julián Barrio Barrio
Arzobispo de Santiago de Compostela

¡Excelentísimos y reverendísimos señores Obispos!

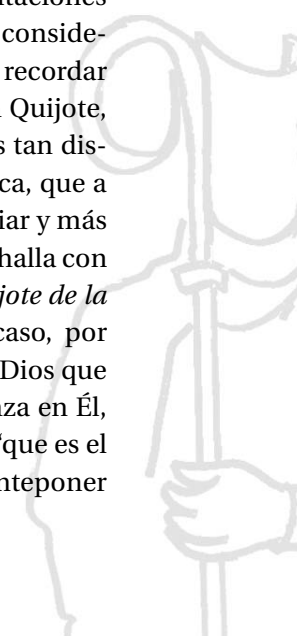
¡Excelentísimas e Ilmas. autoridades!

¡Sr. Presidente de la Fundación y Sres. y Sras. académicos numerarios!

¡Señoras y señores!

Permítaseme en primer lugar manifestar mi sentido agradecimiento a quienes me han concedido el alto honor de tener esta disertación académica al comienzo de la andadura de la Academia Rosendiana. Ojalá que mi capacidad pudiera estar a la altura del honor recibido, sabiendo que generalmente ganamos la confianza de aquellos en quienes ponemos la nuestra pues “da más fuerza saberse amado que saberse fuerte” (Goethe) y no es bueno enroscarse en la propia alma sin atreverse a caminar aunque a veces haya que hacerlo a la intemperie, pues “en los dominios de la especulación como en los del arte, nada más inútil y cruel que lo vulgar”.

“El discurso, por su propia naturaleza, reclama que no se envuelvan en la obscuridad los contenidos, no ser excesivo o vano, girar en torno al tema fijado”. Al subir al estrado de esta Academia, poco más podrán apreciar que las limitaciones de mi ingenio y de mi palabra. Al final me sobrevendrá la ventura de su consideración manifestada en el asentimiento, fruto de su favor. Es momento de recordar aquellas palabras de uno de los labradores que refiere Cervantes en don Quijote, después de un atinado juicio de Sancho, su fiel escudero: “Si el criado es tan discreto, ¡cual debe ser el amo! Yo apostaré que si van a estudiar a Salamanca, que a un tris han de venir a ser alcaldes de corte. Que todo es burla, sino estudiar y más estudiar, y tener favor y ventura; y cuando menos se piensa el hombre, se halla con una vara en la mano o con una mitra en la cabeza” (Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, II, 66). Es posible que san Rosendo lo pensara así. En mi caso, por supuesto. La mitra apunta no a mis méritos o esfuerzos sino a un don de Dios que pide la misión y da lo que pide. El mérito ha sido no otro que la confianza en Él, poniendo los ojos en lo que uno es, procurando conocerme a mi mismo “que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse”. Y desde aquí paso a anteponer



unas palabras que intentarán ofrecer el contenido de esta disertación, en el umbral de esta Academia.

En cierta ocasión un alumno preguntó a su maestro qué era el horizonte. El maestro le contestó que era la percepción que tenemos de juntarse el cielo con la tierra pero que nunca se alcanza. El alumno le contestó: entonces ¿para qué sirve? El maestro le contestó: para caminar. Esta es la perspectiva que se nos abre en la institución de esta Academia Rosendiana. Se nos invita simplemente no a leer sino a crear y recrear a través de la lectura. Goethe, hombre genial a la hora de acuñar expresiones refulgentes, decía: “Lo que heredaste de tus padres, conquístalo para poseerlo”. Al hilo de esta sentencia, comentaba Julián Marías “que la riqueza o pobreza vital de los hombres depende en increíble medida de que sigan o no ese consejo goethiano”. Nos toca conocer, repensar, comentar, comunicar la espléndida herencia que hemos recibido. “No se trata de mera recepción pasiva de una herencia, ni siquiera de su análisis o inventario. Hace falta la conquista, la reacción activa a ese legado. Y esto sólo puede hacerse desde una actitud “creadora”, animando y configurando nuestra cultura y también haciendo un análisis crítico de las manifestaciones degenerativas. En este horizonte y en el siglo X se encuentra la figura señera de San Rosendo, gran protagonista en la ingente obra de levantar a Galicia del abismo de postración y miseria en que se hallaba sumida mediante la revitalización de monasterios e iglesias, el trabajo por la paz, la labor social, la misión evangelizadora, etc. Teniendo en cuenta *el legado de san Rosendo en la iglesia gallega*, surge de inmediato la cuestión de qué nos puede aportar a nosotros gallegos actuales la vida, magisterio y obras de esta personalidad, enmarcada en un contexto histórico tan distinto.

Desde esta perspectiva hemos de plantearnos nuestro quehacer como Académicos, quehacer marcado por el diálogo y la reflexión. Como ser histórico, el hombre no posee su ser consumado y perfecto desde un principio, sino que lo va consiguiendo paulatinamente en un proceso evolutivo, tanto en su aspecto corpóreo-material como en su vida espiritual. Siempre de camino, el hombre está sometido esencialmente al movimiento de forma que –sin negar el elemento substancial se puede decir que el hombre no *es*, sino que *acontece*.

El empleo del diálogo como un método de enseñanza y de aprendizaje tiene una amplia extensión en las variantes educativas y didácticas actuales para propiciar la discusión, el intercambio de opiniones y experiencias acerca de temas de estudio y de interés general. Hemos de referirnos al empleo del diálogo crítico-reflexivo-creativo como un método fundamental que se apoya en nuestra experiencia informal para constituirse en un diálogo profundo, sustentado en la argumentación y la reflexión que es fruto de una interacción armoniosa, basada en el respeto mutuo fundamentado en la conciencia de que somos “no como los hacedores soberanos de la historia, sino como nacidos para cooperar con la Providencia”¹.

Se ha repetido en muchas ocasiones que nuestra época requiere imperiosamente del diálogo. Un desacorde conjunto de monólogos, en el que todos hablan y pocos escuchan, parece caracterizarla. Entre la cultura del bienestar, la prepotencia que ésta engendra y la búsqueda de exotismos, que llenan desde fuera un enorme vacío espiritual, nuestro Occidente padece una crisis de civilización, uno de cuyos rasgos es la estimulación, a menudo muy consciente, de mitos que sirven de distintos modos a las necesidades de la sociedad actual.

El mundo civilizado ha pasado por varias épocas de crisis y las ha rebasado, en muchos casos a costa de transformaciones profundas y radicales de civilizaciones particulares. Que las rebasara en el sentido de continuar existiendo no significa en todos los casos que las transformaciones experimentadas fuesen positivas. Debe aclararse que *grosso modo* entendemos por mundo civilizado el conjunto de países y bloques geográfico-culturales que han generado e institucionalizado formas de pensamiento, proceder y control dirigidas a salvaguardar al hombre y la sociedad.

Que esto se ha hecho en no pocos casos a costa de la integridad de la persona humana, que los principios subyacentes en esas formas de pensamiento e instituciones se han violado es algo que la historia ha demostrado con creces en todas sus etapas. El ser humano se ha movido siempre en la paradoja que una y otra vez reaparece entre los ideales y los intereses. Pero suele intentar convencerse a sí mismo y a los demás de lo contrario.

Se habla del fin de la historia, del fin de la filosofía, del fin de la cultura. Da la impresión como si los antiguos milenarismos míticos en muchos casos resucitaran en la reflexión y en la urgencia de la vida a comienzos del siglo XXI. Pese a todo, la historia pasada es madre de la historia presente y, por medio de ésta, de la futura, aunque no se condicionen mutuamente de modo ineluctable, por cuanto el condicionamiento histórico es probabilístico y no absoluto. El olvido del pasado viene aparejado con la forma más elemental y pobre del *carpe diem*: el hedonismo irracional convertido en medida, en marco “natural” de la vida por los mecanismos de la publicidad y los medios de difusión.

Este deterioro humano, denunciado ya en sus formas iniciales por Leibniz en el *Nuevo tratado sobre el entendimiento humano* (IV, XVI, 4), si bien preocupa profundamente a los estratos y organizaciones más serios de la sociedad, es proclamado por otros como la suprema conquista de la civilización y repercute en países menos desarrollados, cuya juventud sobre todo aspira a imitarlos idealizando su apariencia, sus costumbres y su modo de vida, incluso sus superficialidades y su agresividad. Es decir, si para muchos se vive una nueva, o mejor, la *verdadera* “Edad de oro” en Europa, muy lejos de ello se encuentra el más importante de sus elementos integrantes: el ser humano.

El olvido histórico se paga caro. El empobrecimiento espiritual, intelectual y moral forma parte del precio. El absurdo es mayor por cuanto, entre las múltiples ofertas de la sociedad, están las que podrían contribuir a reparar esos males. Se recae en los errores del pasado que se creía haber dejado “definitivamente” atrás. Se pretende en muchos aspectos de la cultura una absoluta originalidad que suele consistir en el redescubrimiento de viejos esquemas e ideas y su proclamación como novedosos.

La historia conforma la identidad de países y civilizaciones tan profundamente como la historia personal conforma la del individuo. Cuando estas historias se pierden o deterioran en alto grado, el ser afectado se vuelve fácilmente manipulable. En consecuencia, la cultura del diálogo se reclama con urgencia en nuestro siglo. Martin Buber ha sido uno de sus voceros, sobre todo en el terreno interpersonal y vivencial. La hermenéutica –pensemos en Hans-Georg Gadamer o en el último Martin Heidegger– ha desarrollado la estructura y funciones del diálogo y de los elementos que intervienen en éste. Pero la comprensión humana exige mucho más de lo que la razón y sus posibilidades pueden ofrecer, aunque dichos factores resultan imprescindibles como principios.

Abordarla como diálogo entre concepciones y épocas remite a la comunicación entre el “yo” y el “tú”, a través de la comprensión, y de la hermenéutica. Equivale entonces a retomar los temas eternos de reflexión junto a las urgencias y reclamos del momento, y en ellos y con ellos, a sentirse parte de una totalidad, desde la cual y para la cual se reflexiona. Supone abandonar la historia como acaecer, pero también la historia como sistema de mutuas determinaciones lógicas. Una y otras dimensiones son reales, existen en la historia, pero no la representan en su totalidad.

Renunciar a la dimensión interior de la historia, al espíritu que en ella alienta, a la realidad interior, equivale a empobrecer y supeditar a los factores materiales los propios hechos. En esto reside el error de la concepción marxista de la historia. Pero el hegelianismo subyacente al marxismo, al suponer un logos absoluto, condicionante de un devenir ascendente, no se quedó atrás, tanto como Karl Popper al renunciar a todo mecanismo interno de la historia en su legítimo afán de desmitificar el historicismo. El objetivo de Popper es criticar al historicismo, un tipo de filosofía de la historia que sostiene que el desarrollo de la historia está determinado por grandes leyes generales de cumplimiento necesario. En este marco, un historiador que pudiera conocer esas leyes que rigen los destinos de la humanidad podría predecir el futuro humano².

Hay que retornar sobre la historia, reflexionar una vez más sobre ella desde nuestras actuales perspectivas, sobre todo porque, nos guste o no, el existir del hombre es historia, y una revalorización del espíritu humano, dialógica necesariamente, exige transitar por ese acaecer que no debe subestimarse, pues en él se juega la vida de la especie humana.

Es en este contexto general donde se coloca la ACADEMIA AURIENSE-MINDONIENSE DE SAN ROSENDO, cuya constitución fue aprobada por los respectivos prelados de Orense y Mondoñedo como institución científica que, según el artículo 1º de sus *Estatutos*, tuviera como principal fin el “promover y difundir la figura y legado de San Rosendo, obispo de Mondoñedo y fundador del monasterio de Celanova en el siglo X, personaje de gran trascendencia en la historia y en la vida de Galicia”³.

A tenor de este primer artículo de los *Estatutos*, la labor de la ACADEMIA es eminentemente histórica, en cuanto pretende comprender la historia de Galicia del siglo X a través de la figura señera de San Rosendo y de su actuar. No les descubro nada nuevo, Excelentísimos Señores, si digo que la historia, como estudio de los hombres en el tiempo, de las sociedades humanas sometidas al cambio, en continua transformación, tiene como objetivo comprender el presente por el pasado y éste por aquél. El historiador, necesitado y obligado a buscar el apoyo del pasado para su análisis del hoy, lejos de juzgar los acontecimientos, aspira fundamentalmente a *comprender*, teniendo siempre en cuenta lo que en su día muy acertadamente dijo Marc Bloch: “La incompreensión del presente nace fatalmente de la ignorancia del pasado; pero no es quizás menos vano esforzarse por comprender el pasado sino se sabe nada del presente”⁴.

“Peregrinos en marcha hacia la luz”, recordamos las palabras de san Agustín: “Busquemos con el deseo de encontrar y encontremos con el deseo de seguir buscando”. Es una invitación a buscar con la luz de hoy la del mañana hasta llegar a la plenitud de la luz. Teniendo en cuenta aquella máxima de que “el conocimiento no es para venerarlo, sino para hacer discernimiento sobre él”, el *comprender*, el *conocer* histórico busca además el descubrimiento, el análisis, la *reflexión*, la *explicación científica* de la realidad o materia histórica. El objetivo de este *conocimiento* se centra en entender las cosas, en conectar la realidad con la razón, de forma que resulte posible y factible *comprender, captar las sociedades humanas en el tiempo*: sus orígenes, su funcionamiento, la vida de los hombres que las integran y los cambios a que se han visto sometidas las personas y hasta las estructuras en que se insertan.

Por tanto, el objetivo a realizar por parte de los Señores Académicos en su rica y polivalente paleta de eminentes teólogos, paleógrafos, medievalistas, historiadores del arte, geógrafos, artistas, literatos, etc., es el de explicar en un diálogo interdisciplinar cómo se articula y cómo funciona la sociedad gallega en el entorno cronológico amplio del siglo X, prestando atención, entre otros, a los siguientes factores:

El *espacio* geográfico y humano gallego –el *espacio social*–

El *tiempo* –cronológico, histórico y social–

En la medida de lo posible, la *realidad económica*, en que los habitantes de Galicia vivían, producían, consumían, intercambiaban, etc.

La *estratificación social*, en cuanto que todas las sociedades, en todo tiempo, reflejan, manifiestan o imponen una ordenación y valoración de sus quehaceres, una *jerarquía social*.

Los cuadros de la *vida política*, como concreción de sus formas de convivencia. Toda sociedad, aun cuando pudiera definirse como autárquica, genera y practica unas *relaciones con el exterior*, con otras sociedades coetáneas, de diverso tipo, que vienen a completar sectores y prismas de análisis materiales y espirituales de un desarrollo colectivo.

El peso de la *herencia*; la atención a lo que queda de formaciones sociales anteriores, de lo que cambia o se transforma y de lo que termina olvidándose o desechándose.

Todo este complejo, polivalente y gradual análisis, que necesariamente ha de insistir en la correlación continuada y compleja de los factores indicados, va a permitir el logro de un conocimiento histórico, de una explicación de la realidad histórica de la Galicia del alto medievo, que resultará subjetiva en tanto los académicos no logren contrastarla con la realidad objetiva. Por ello, es imprescindible que la reconstrucción del pasado se haga desde los datos, que estos mismos datos queden suficientemente probados y contrastados y que el paso siguiente a su comprobación y contraste consista en unirlos y relacionarlos de forma que, en su reconstrucción, se hagan lógicamente complementarias la fidelidad a los hechos y una reconstrucción fiable.

Sin embargo, los Académicos saben bien que lo que sobrevive del pasado no es la totalidad, ni siquiera la mayor parte o la más importante de lo que ha existido u ocurrido en el pasado. Se ha venido efectuando constantemente una *elección*, en la que además de fuerzas incontroladas, ha actuado la capacidad selectora de los responsables, interesados o no, en que datos, hechos y eventos se conserven o se olviden. La mayor parte de la información del pasado nunca pudo ser plasmada en *monumentos* ni recogida en *documentos*. Y toda forma de selección es una responsabilidad del historiador, condicionado, como es lógico, por su medio, por su cultura, por su entorno y hasta por la moda. En consecuencia, influyen en todo momento ciertas prioridades, porque la relevancia histórica de los hechos no depende tanto de sus cualidades intrínsecas como de los problemas y soluciones en perspectiva que ofrecen al historiador.

El pasado padece así una selección primera, a la que posteriormente se van unir muchas más, antes de que el historiador reúna, ordene, reconstruya y, finalmente, explique. Esta ACADEMIA nace con “el deseo de ofrecer a la sociedad un referente más de cultura que se inspire en el principio de la dignidad del hombre y demás valores trascendentes de la civilización cristiana”, como dice el Art. 2º de sus *Estatutos*. Es decir, la *objetividad histórica*, de la que acabo de hablar, es al mismo tiem-

po una *apuesta*, en cuanto que refleja la convicción, el empeño en un avance tanto de extensión como de profundidad del conocimiento, porque la realidad se ofrece siempre de forma parcial y no plena; y el conocimiento, de por sí limitado, tiene siempre la urgencia en escudriñar con más fuerza. De esta forma aumentan las categorías y los conceptos, lo que supone tanto la ampliación de los instrumentos con los que el historiador puede comprender y explicar como los interrogantes nuevos que deberá plantear a sus materiales o documentos. En definitiva, nuevas respuestas y nuevas preguntas para un investigador que sabe cómo la *historia* no es un dato inmediato o una idea erudita, sino el resultado, el efecto de una *elaboración intelectual* que está colaborando a alumbrar el pasado y a realizar, al mismo tiempo, la *historia de su presente*. En este sentido, ha dado plenamente en el blanco quien afirmó que “quíéralo o no, el historiador se lleva a su estudio del pasado sus propios intereses, los de su tiempo y, quizá los de su gremio... La mera curiosidad no es nunca una razón última, sino que tiene también sus razones, aunque a primera vista se escapen”⁵.

En efecto, no es la mera curiosidad ni el prurito por conocer una de las épocas más oscuras de la historia de Galicia lo que ha llevado a la creación de la ACADEMIA AURIENSE-MINDONIENSE DE SAN ROSENDO. Utilizando la terminología de la filosofía aristotélico-tomista, el *objeto formal quo*, el prisma bajo el cual se aborda el estudio del alto medievo es el de la fe cristiana. De esta forma, se tiene en cuenta el elemento objetivo del *tiempo*, principal fuerza de la sociedad medieval que estudiamos. El predominio cristiano de la época asegura una concepción del devenir histórico lineal, en la que el *tiempo* queda claramente delimitado en su origen por la creación del mundo y, al final, por el *esjaton*⁶. De todos es conocido el que San Agustín veía la historia e interpretaba el pasado como una secuencia lineal dividida en edades y marcada por generaciones sucesivas en las que destacaban figuras egregias, instrumentos para la realización de su objetivo final de salvación. En nuestro caso, esta figura destacada y señera es san Rosendo, que determinó el devenir histórico de la sociedad e iglesia gallegas desde el siglo X hasta el momento actual.

La ciencia histórica se concibe como el estudio del hombre en el tiempo, que se ocupa de las relaciones sociales, económicas, ideológicas, religiosas, políticas y culturales. Sin embargo, en estos ámbitos adquiere relieve la figura de la persona individual relevante, dejada de lado por el movimiento historiográfico de la revista *Annales*, nacido en los años 30 del siglo pasado. Este movimiento llegó a calificar al género historiográfico que se ocupaba de la persona individual relevante como “episódica” y elitista, a la vez que mostró interés exclusivo por las masas, por la gente humilde y por los marginados.

Huelga decir que en una historia que pretende ser “total”, las personalidades excepcionales, por su talento o por su representatividad, no pueden ser ignoradas o

dejadas de lado, sino que deben tener su lugar en la historia en la que nada es insólito y en la que nadie puede ser *persona non grata*. Además hay que tener siempre en cuenta que ciertas personalidades, como la de san Rosendo, son al mismo tiempo testigos privilegiados y reveladores de su tiempo, y en su estudio se concentra con toda intensidad aquella definición tan repetida de la historia como *magistra vitae*. De esta forma, la figura de san Rosendo en cuanto fiel reflejo y reflector de la complejidad de la situación histórica del siglo X, se presenta como un programa de actuación para el gallego del siglo XXI, elaborado hermenéutica y dialógicamente a partir de su experiencia vital. Sólo así, en la consideración de la persona individual, la ciencia histórica puede ser llamada con toda propiedad *magistra vitae*.

En tiempos de pensamientos débiles y frágiles, en tiempos de escepticismos y relativismos como los presentes, la figura del creyente, del buscador, del monje y del pastor san Rosendo adquiere gran actualidad. En él hallamos al hombre de disponibilidad constante en la escucha de la Palabra de Dios, de leal asunción de la tradición y del magisterio eclesiales y de gran creatividad en pro del bien espiritual y material de Galicia. Rosendo buscó sin cesar el bien para poder ofrecerlo a los demás. Este es el gran legado de san Rosendo para la iglesia y la sociedad gallegas actuales, legado que la ACADEMIA AURIENSE-MINDONIENSE DE SAN ROSENDO, erigida gracias a la sensibilidad espiritual y cultural de los prelados auriense y mindoniense y que se constituye hoy, pretende poner en valor. Iniciamos la construcción, por así decir, de esta Catedral, expresión de la fe, de la cultura y del arte. Espero que de ella se pueda decir lo que Rosalía de Castro manifestaba de la Catedral de Santiago: “Os homes pasan, tal como pasa a nube de vran. Y as pedras quedan, e cando eu morra, ti, Catedral, ti, parda mole, pesada e triste, cando eu non sea, t´índa serás”.

¡Ad multos annos! ¡Muchas gracias!

NOTAS

- ¹ H. BUTTERFIELD, *El cristianismo y la historia*, Buenos Aires 1957, 108.
- ² Cf. K.R. POPPER, *La sociedad abierta y sus enemigos*, Barcelona 1984. Vid. también M. CRUZ. *El historicismo, ciencia social y filosofía*, Barcelona 1981, 60ss.
- ³ *Estatutos de la Academia Auriense-Mindoniense de San Rosendo*, Art. 1º.
- ⁴ M. BLOCH, *Introducción a la historia*, México-Madrid-Buenos Aires 1985, 38.
- ⁵ Cit. por J. SÁNCHEZ JIMÉNEZ, *Para comprender la historia*, Estella 2000, 179.
- ⁶ Cf. O. CULLMANN, *Cristo y el tiempo*, Madrid 2008.